La maternidad de Gabriela Mistral en *Desolación*

ANA ORTEGA LARREA
(Universidad Católica de Valencia)

Gabriela Mistral fue más que una madre biológica, se convirtió en madre espiritual. No nos referimos meramente a su creación poética, sino al hecho de que se identifica con las emociones de las madres que educa. No en vano se le llamó «madre de la patria»: Nos expone las vivencias de madres indígenas, sus gozos y penurias, traspasando las fronteras de una construcción nacional, desarrollando los sentimientos maternos de todos los tiempos. Este artículo sólo recorre las alusiones a la maternidad en su primera recopilación de poesías, *Desolación*. Quizás porque la primera obra recoge, mejor que ninguna, la sencillez de la sinceridad.

Ciertamente, la mayoría de los estudios de la maternidad en Mistral se centran en las composiciones posteriores porque abordan el tema más explícitamente. Sin embargo, su obra posterior enfoca el tema atendiendo a aspectos diferentes que vienen determinados por su evolución personal y las circunstancias biográficas de ésta. Por tanto, sólo nos proponemos rescatar algunos detalles de su etapa inicial, en los que descubrimos con asombro, su capacidad para encarnar el corazón maternal.

Sus primeras poesías aparecen publicadas como colaboraciones a distintas revistas, pasando desapercibidas, hasta que en 1922, por deseo de los maestros de su época, el «Instituto de las Españas» en Nueva York accede a la masiva petición de publicar una recopilación de su obra. Debemos recordar que esta primera publicación, Desolación, no es fiel a lo producido hasta la época, pues nuestra insegura escritora rompía o retiraba más de lo que entregaba[1].

La primera de las cinco partes en las que divide el libro *Vida*, nos descubre íntimas meditaciones ascéticas o nos vuelca su diálogo con Dios. Así, en el primer soneto, «La cruz de Bistolfi», nos explica una original reflexión teológica: el amor de Cristo es como el de una madre. Y decimos «original», porque desde los profetas del Antiguo Testamento el pueblo de Dios, Israel, es representado como la esposa de Dios[2]; y en el Nuevo Testamento, la

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Ana ORTEGA LARREA. La maternidad de Gabri...
Centro Virtual Cervantes

Iglesia fiel es personificada como la Esposa de Cristo, y por tanto, la madre que acoge y guía a sus miembros. Sin embargo, suponemos que Mistral desarrolla el nuevo parangón atendiendo al hecho de que sólo una madre es capaz de ofrecer gustosamente su vida a cambio de la de su hijo, como Cristo entrega su vida por los hombres.

Para la poeta, el sufrimiento del Hijo de Dios en la Cruz consuela a los fieles por sus padecimientos en la vida, como una madre reconforta a su hijo. Los brazos del crucificado «nos mecen y tu sombra nos baña». Continúa esta equivalencia con otra bella imagen poética: así como un bebé busca cariñosamente los mimos de su madre que juega con él en brazos, Mistral se reconoce sufriendo con Cristo, «prendida» del madero «como el hijo a la madre... del primer llanto a la última agonía». De tal modo, desde el primer soneto publicado, el tema de la maternidad aparece como de soslayo aunque incluyendo todos los matices que más tarde desarrolla: el amor de madre es el más puro, desinteresado, y por tanto, está unido a la capacidad de sacrificio humano más extrema; amor y dolor se nos muestran inseparables.

También en la primera parte, *Vida* nos despliega explícitamente el tema de la maternidad en un tríptico compuesto por tres sonetos: «La mujer fuerte», «La mujer estéril» y «El niño solo». El primer soneto es un canto de alabanza a la madre que trabaja esforzadamente el campo para alimentar a su hijo. Es de particular hermosura poética pues enlaza múltiples metáforas a modo de alegoría: el desconsuelo de una madre abandonada por el padre, se nos pinta en tierra fértil abriendo «el surco negro en un abril ardiente»; además, su siembra le resulta especialmente sacrificada porque la semilla torna imborrable el recuerdo de quien «le apegó un hijo al pecho de azucena»; y por este motivo, en vez del calor del sol, le agota labrar «bajo ese recuerdo, que te era quemadura». Una vez más, nos descubre el sacrificio del amor: la maternidad le provoca «maravilla y llanto».

«La mujer estéril» nos revela que, para Mistral, la naturaleza femenina se desarrolla plenamente con la maternidad. La madre frustrada abraza «la laxitud del mundo», expresión que la poeta recoge en otras composiciones centradas en el problema de cómo explicar el mal en el mundo[3]. Cualquier elemento rural evoca obsesivamente su incapacidad para engendrar: el lirio le recuerda a «las sienes de un infante», el rezo del Ángelus es el ruego «por otra boca», la fuente se relaciona con «el seno de diamante»...Este sufrimiento, empero, no forja aún la fortaleza de la maternidad biológica: «con doble temblor oye el viento en los cipreses». Parece que Mistral todavía entiende su esterilidad biológica como fermento de su inseguridad, pues siente vergüenza y envidia al observar una mendiga embarazada.

En «El niño solo», la poeta duerme en sus brazos al bebé de una campesina mientras ésta trabaja la tierra. Seguramente por su deseo de ser madre, la escritora disfruta tanto de la retroalimentación de ternura que

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Ana ORTEGA LARREA. La maternidad de Gabri...
Centro Virtual Cervantes

envuelve a toda mujer que cuida un bebé con cariño. De hecho, la nana que canta para dormir al niño «bañaba» no al infante, sino «mi pecho enriquecido». Incluso la luna personificada quiere involucrarse en este círculo de afecto: «miraba» y también bañaba la tierna escena con su resplandor.

Retoma el aspecto de sacrificio en la maternidad en «El suplicio». Explica su impulso ineludible de componer poesía, «el verso enorme», mediante metáforas y comparaciones que arrojan nueva luz al tema de la maternidad. La urgencia poética implica sufrimiento: es un «puñal» «caliente», «lengua de fuego», «terrible don», «socarradura larga que hace aullar». El verso es «como un hijo» que se sustenta «con cua de mi sangre» porque está sellado con un carácter personalísimo e irrepetible como si fuera un primogénito. Por último, Mistral compara su don artístico con un hijo que «no bebió más sangre en seno de una mujer» porque al igual que las madres desgastan la vida entera por los hijos, la dedicación poética también le exige absoluta consagración.

Estas declaraciones le han conseguido a Mistral no pocas críticas aduciendo que la escritora reemplaza la maternidad biológica por la artística; como afirma Julio Saavedra Molina, la poeta realiza «un voto de muerte mundanal», pues elige «la esterilidad voluntaria como homenaje de amor al muerto, la maternidad fracasada, lo que en una mujer bien equivale a la vida entera frustrada»[4]. Sin embargo, como afirmamos al inicio del ensayo, constantes reflexiones de la escritora nos revelan que la maternidad que adopta no es simplemente literaria, ni tan siquiera de meros modelos patrióticos, sino que obedece a fuerzas mayores, a un destino. El «puñal» del impulso poético no se lo clava ella misma sino que «El que vino a clavarlo en mis entrañas ¡tenga piedad!». En este sentido, su dedicación a la enseñanza de la gente del campo, más que una profesión constituye su vocación de maternidad espiritual. Una vocación ni elegida ni de la que pudiera escapar.

Entonces, cuando leemos en la última poesía de esta sección, «El elogio a la Canción», que «el cantor es madre de la Creación», Mistral no nos parece predecesora de Vicente Huidobro: «el poeta es un pequeño Dios», pues no pretende concebir la naturaleza desde un punto de vista nuevo, sino que insiste en la misma concepción maternal: el poeta canta a la Creación porque la ama, con un amor propio de la maternidad espiritual: vocacional e ineludible.

Las nuevas composiciones de la segunda parte del libro, «La Escuela», nos confirman que la maternidad espiritual es más sacrificada y comprometida que la meramente biológica. «La maestra rural» es una abnegada mujer cuya educación determina más a los alumnos que las madres biológicas: «¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!». Más aún, en «La encina», dedicada a su amiga maestra Brígida Walter, la profesora no sólo cuida de los niños, «por cuyos brazos rudos trepa un mirto en flor», sino que además cuida y sostiene toda la familia:

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Ana ORTEGA LARREA. La maternidad de Gabri...
Centro Virtual Cervantes

El peso de los nidos ¡fuerte! no te ha agobiado.
Nunca la dulce carga pensaste sacudir.
No ha agitado tu fronda sensible otro cuidado
que el ser ancha y espesa para saber cubrir.

Por otro lado, si antes mencionamos la contradicción que encierra el amor maternal, sufrimiento y gozo, en las maestras esta paradoja se corresponde con la fortaleza y ternura de la maternidad espiritual:

Pasta de nardos suaves, pasta de robles fuertes,
le amansaron la carne rosa del corazón,
y aunque es altiva y recia, si miras bien adviertes
un temblor en sus hojas que es temblor de emoción.

En realidad, canta la dedicación virtuosa y sacrificada de las maestras porque ella misma se ha consagrado a esa función en la sociedad. Aunque, observamos en el poema dedicado a Alfosina Storni, «Poema del hijo», que la abnegación docente no se expone como una autoalabanza sino como un desahogo o una justificación pública de su labor:

La selva hecha cenizas retoñará cien veces
y caerá cien veces, bajo el hacha madura
(...)
Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y sólo de Ti espero
¡Padre Nuestro que estás en los cielos!
Recoge mi cabeza mendiga, si en esta noche muero.

También hay quien juzga su maestría como una estrategia de acceso al campo cultural, en una sociedad de principios de siglo que sancionaba la incorporación de la mujer al trabajo porque prefería la estratificación social. Aún más, aseveran que construye un discurso de legitimización, ser maestra y madre, en un cruce de mecanismos retóricos que incluyen su imaginario social y sus circunstancias biográficas para encubrir las carencias de su deseo.

De acuerdo con este punto de vista, la creación de textos no es más que una «maternidad forzosa» a partir de una vocación frustrada; la consideración de madre adoptiva de los indefensos o «madre de la patria», conforma otra mera construcción simbólica para recuperar «su despojo». También se han servido de la ambigüedad en otros aspectos biográficos de la producción lírica, para juzgar que «exagera el mundo de su imaginación hasta el extremo de llegar a tomar como realidad lo que al principio era producto de su fantasía»[5].

No estamos de acuerdo con esta perorata estructuralista. Cierto es que Mistral, construye su identidad mediante autorreferencias de relación e identificación que se vierten en la escritura. Sin embargo, no hay una

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Ana ORTEGA LARREA. La maternidad de Gabri...
Centro Virtual Cervantes

voluntad de ser para poder decirse[6], sino más bien una voluntad de decirse para reconocerse. Nos parece difícil creer que un identidad cuya cosmología trata de superar el dolor, no sea más que una construcción. Cierto es que representa el dolor que la acompañaba en dos grandes heridas: la muerte de Rogelio Uretra y el deseo frustrado de ser madre[7], pero no podemos buscar comprobación empírica ni a la relación entre la escritora y Rogelio Uretra, ni a la estabilidad psicológica de la mujer que desea un hijo. El dolor, para Mistral, forma parte inherente de la existencia humana, y especialmente de su destino, los aspectos que elija para representarlo no son meros símbolos, pero tampoco la realidad última que justifique su obra.

Por tanto, la identidad de la poeta en *Desolación* no es ni una imaginación ni una construcción legitimadora; simplemente es transparente. Quien reconoce sus sentimientos como fingimientos quizás sea por desconocimiento de la sensibilidad maternal. Si cualquier sentimiento, por su propia abstracción o porque el sentimiento es espiritual y único a la vez, se resiste a perfilarse en el lenguaje, entonces, con más motivo, los sentimientos maternales son arduamente expresables. Y es que los sentimientos maternales son los más instintivos, profundos e inevitables que vive toda madre espiritual o biológica. Por este motivo, mi alegato es que sólo quien los ha vivido sabe que la maternidad de Mistral no es una sensibilidad de legitimización.

La ambigüedad literaria, más que una estrategia de autorrepresentación, es forzada en la expresión de toda abstracción, pues Mistral es fiel a su vocación de maestra, madre espiritual y poeta porque no puede escapar de ella misma. Así nos lo descubren los últimos versos de los cuartetos de«Amo amor» mediante símbolos de esta imposición inevitable: «¡lo tendrás que escuchar! (...) ¡lo tendrás que hospedar! (...) ¡lo tendrás que creer!». De tal modo, maternidad, maestría y arte se encarnan en la escritora desdibujando sus límites. Constituyen una única realidad que, como un hijo, se asume con inmensa alegría y exigido dolor, con fortaleza y ternura: «¡Terrible don! ¡Socarradura larga/que hace aullar!», exclamaba en «El suplicio».

Por otro lado, la contrariedad que le supuso la esterilidad biológica, en «La mujer estéril», es por fin aceptada sin resignación, integrada en su destino. Si anteriormente vimos que sólo la maternidad biológica fortalecía el espíritu de la mujer, ahora Mistral supera racionalmente los sentimientos de frustración. En su obra posterior demuestra que vive sufriendo; sin embargo, es un dolor que comprende e incluso pide a Dios. En «La oración de la maestra», dirige a Dios una auténtica plegaria con el fin de que aumente más aún su sentimiento maternal[8]: «Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellos lo que no es carne de mis carnes».

Giuseppe Bellini resume *Desolación* como «interpretación del dolor cósmico en la superación»[9]. De hecho, la cuarta parte del libro, «Dolor», finaliza con composiciones en los que el sufrimiento queda aquietado: «Serenidad» y «Palabras serenas». La mujer reconoce que la biología de

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Ana ORTEGA LARREA. La maternidad de Gabri...
Centro Virtual Cervantes

la maternidad es un aspecto tan físico como el placer de un sueño, que puede ser fácilmente superado por unas entrañas que «trascienden». Así afirma:

> Los niños cubren mis rodillas;
> mirándoles las mejillas:
> ahora no rompo a sollozar,
> que en mi sueño más deleitoso
> yo doy el pecho a un hijo hermoso
> sin dudar...
>
> Estoy como el que fuera dueño
> de toda tierra y todo sueño
> y toda miel;
> (...)

«Palabras Serenas» continúa en esta misma línea:

> Ahora no sólo comprendo al que reza;
> Ahora comprendo al que rompe a cantar.
> La sed es larga, la cuesta aviesa;
> Pero en un lirio se enreda el mirar.

En cuanto a la sección «Canciones de Cuna», contiene cantos especialmente emotivos, al descubrirnos el afecto que el bebé devuelve a su madre. «Apegado a mí» es la petición de una madre a su hijo, ofreciéndole protección y recibiendo consuelo:

> Yo que todo lo he perdido
> ahora tiemblo hasta dormir
> no resbales de mi brazo:
> duérmete apegado a mí.

También «La madre triste» duerme sus penas al dormir al niño. La mujer siempre encuentra en el niño alivio y el renacer de su valor. «Yo no tengo soledad», «Meciendo», «La noche»y «Me tuviste» son poesías que nos corroboran el surgimiento de un ánimo seguro. Pues, aunque la poeta cuide al niño sin el apoyo de un padre, no siente la soledad; se sabe protegida por un Dios amoroso: «sintiendo su mano en la sombra/ mezo a mi niño». En el ejercicio de los cuidados infantiles se reconoce como un instrumento divino: «que es Dios en la sombra el que te va meciendo»; y es que lo particular no ciega su vocación espiritual:

> Yo no sólo fui meciendo
> a mi niño en mi cantar
> a la tierra iba adurmiendo
> al vaivén de mi cunar...

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Ana ORTEGA LARREA. La maternidad de Gabri...
Centro Virtual Cervantes

De igual modo, en «Encantamiento» nos demuestra que su afecto trasciende la concreción de la particular belleza de un niño: «no lo ven y está conmigo». Mistral es constantemente consciente de la inocencia y pureza del bebé, cuya dulzura le hostiga a superarse, «cuando yo te estoy cantando, se me borra la crueldad», y cuyo encanto le hace quedarse «callada: no hay rosas entre rosas/ más maravillada». Por tanto, no es de extrañar que en «Canción amarga» se indigne al observar la pobreza infantil, o en «Miedo» se preocupe porque la corrupción del mundo pueda confundir a su hija.

A continuación acumula una serie de escritos en prosa que parecen recoger el sentir de los indígenas que educa. Los «Poemas de las madres» descubren el discurso privado de una vida que se supera a sí misma en la propia entrega, por ejemplo, «Me ha besado» y «¿Cómo será?» nos transmiten el nerviosismo esperanzador de la mujer embarazada. «Sabiduría», «La dulzura», «La hermana», «El ruego», «Sensitiva»...nos explican el reconocimiento de haber recibido dones como parte inherente a la maternidad: por ser madre, la mujer crece en sapiencia, sensibilidad, capacidad de comprensión con otras mujeres, generosidad con todos los hombres, capacidad de sacrificio, tolerancia, etc. Mas no se muestra arrogante, «La madre» necesita para su estabilidad psicológica, saberse querida por su propia madre y, en última instancia, su valentía se consolida en el amor de Dios: «Para mí viniste; para mí que estaba sola, hasta cuando me oprimía él entre sus brazos, hijo mío!».

Por último, nos parece necesario citar las justificación de la poetisa a sus poesías sobre la maternidad: «Aquí quedan, dedicadas a las mujeres capaces de ver que la santidad de la vida comienza en la maternidad, la cual es, por lo tanto, sagrada. Sientan ellas la honda ternura con que una mujer que apacienta por la tierra los hijos ajenos, mira a las madres de todos los niños del mundo».

Concluimos, por tanto, que Mistral no es meramente madre de sus poesías o madre de la patria. Cumple el designio de su destino impuesto, encarnando el corazón de las madres del mundo. Sólo así podemos explicar su éxito en una época en la que América entera se entrega a los –ismos de Vanguardia. Mistral parece convertirse en la piedra sobre la que giran los vacíos sentimentalismos del Modernismo, hacia la experimentación de expresiones cubistas, dadaístas, surrealistas, futuristas, etc[10]. Y es que la maternidad de Mistral en *Desolación*, resume por un lado la sensibilidad y emotividad del Modernismo junto con la búsqueda de la autorrepresentación con la que experimentan las Vanguardias. En definitiva, la escritora nos deja intuir que lo universal de la maternidad espiritual es la recreación de la propia madre, pues se constituye en nuevo ser que supera los antagonismos del sacrificio y el gozo enriqueciendo la propia personalidad.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Ana ORTEGA LARREA. La maternidad de Gabri...
Centro Virtual Cervantes

NOTAS

1. Cf. Mistral, Gabriela. *Desolación*. Andrés Bello. Chile, 1979, pág. 10-13.
2. La Biblia. Cf. (Is 54, 5-8; 61,10; 62, 4-5; Jer 31, 2-4; Ez 16, 6-14; Os 2, 21-22; Cant 1, 15; 4,1-15; 5,1; 6, 4-12; 7,1-10; 8, 6-7; Mt 9,15 par; 25, 1-13; Jn 3, 29; 2Cor 11, 2; Ap 19, 7-9; 21, 2-9).
3. Cf. «Al oído de Cristo»: «estas pobres gentes del siglo están muertas / de una laxitud, de un miedo, de un frío!».
4. Saavedra Molina, Julio. «Gabriela Mistral: su vida y obra», prólogo a *Poesías completas*. Madrid, Aguilar, 1958, pág. XXXIV, XXXXVIII y LXXI.
5. Tamura, Satoka. *Los «Sonetos de la muerte» de Gabriela Mistral*, Madrid, Gredos, 1998, pág. 24.
6. Cf. Girona, Nuria. Prólogo a, Tala y Lagar, Cátedra, Madrid, 2001, págs. 20-25.
7. Cf. Martínez Fernández, Jose Enrique. *Gabriela Mistral y los niños*, Everest, La Coruña, 1988, págs. 24-25.
8. Morote, Pascuala. «Sueño, maternidad y naturaleza en la poesía de Gabriela Mistral», en *Monteoliveti*, n° 9-10, Universidad de Valencia, 1992-4, pág. 103.
9. Bellini, Giuseppe. *Historia de la literatura Hispanoaméricana*, Castalia, Madrid, 1985, pág. 347.
10. Cf. Bellini, Giuseppe, op. cit., pág. 347.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Bellini, Giuseppe. *Historia de la literatura Hispanoaméricana*, Castalia, Madrid, 1985.

Girona, Nuria. Prólogo a, *Tala y Lagar*, Cátedra, Madrid, 2001.

Martínez Fernández, Jose Enrique. *Gabriela Mistral y los niños*, Everest, La Coruña, 1988.

Mistral, Gabriela. *Poesías completas*, Madrid. Aguilar. 1970.

Mistral, Gabriela. *Desolación*. Andrés Bello, Chile, 1979.

Morote, Pascuala. «Sueño, maternidad y naturaleza en la poesía de Gabriela Mistral», en Monteoliveti, n° 9-10, Universidad de Valencia, 1992-4.

Saavedra Molina, Julio. «Gabriela Mistral: su vida y obra», prólogo a *Poesías completas*. Madrid. Aguilar, 1958.

Tamura, Satoka. *Los «Sonetos de la muerte» de Gabriela Mistral*, Madrid, Gredos, 1998.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Ana ORTEGA LARREA. La maternidad de Gabri...
Centro Virtual Cervantes